

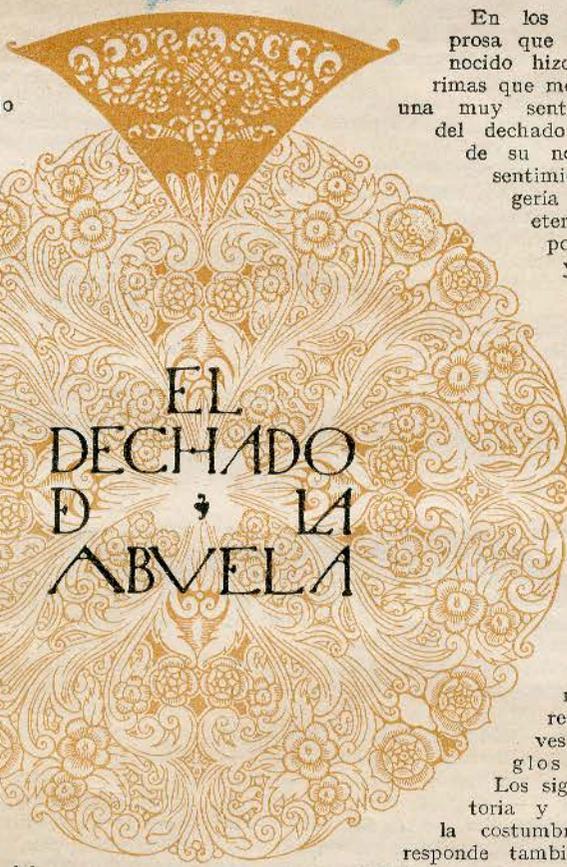
20 X 23

CUÁNTAS veces no se ha hablado de esas viejas reliquias de familia que nos llegan con el dejo de un aroma moribundo! Es una vez un viejo daguerrotipo, el de la abuela o la bisabuela, de mirriñaque acaso; puede ser en un viejo devocionario con su olorcillo espiritual a jansenismo, un pensamiento — flor — tan seco que a poco que se le soplo se convierte en polvo, una flor pensamiento o hecha polvo. (¿Y por qué se la llamará pensamiento a esa flor llamada también trinitaria, en francés *pensée* y en inglés *heart's-ease*, alivio del corazón? Lo que más parece, con sus cinco pétalos, es un ojo compuesto y misterioso. Ha pasado por el símbolo del recuerdo).

Pero de entre estas reliquias ninguna más interesante que la del dechado — es la misma palabra que *dictado* — o modelo en que nuestras abuelas, allá en la época romántica, en el primer tercio del siglo XIX, bordaban en cañamazo y a punto de cruceta un abecedario, mayúsculas y minúsculas, en letra gótica, luego los números, después una casita con un arbolito y una mariposa mayor que la casa y el árbol y el nombre de la niña que lo hizo en la escuela y el año. Niña en 1837 cuando se suicidó Mariano José de Larra y surgió sobre su tumba la gloria de José Zorrilla.

Estoy ordenando las composiciones que me ha dejado un pobre poeta recién fallecido, y de tisis, un poeta desconocido y romántico, un caso de atavismo, que dedicó sus últimos años a cantar a su Teresa, a su amada, muerta también de tisis. Y entre sus rimas hay un soneto — el único — en que canta al dechado de la abuela de Teresa — Teresa también — que presidía la sala de la familia. El soneto dice así:

Me acuerdo del dechado de tu abuela,
de abecedario gótico de trazo,
bordado en el pajizo cañamazo
de sus días ligeros de la escuela.
Desprendíase de él, como una estela
espiritual, el halo del abrazo
que ciñó al bastidor y del regazo
que llevara a tu madre. El tiempo vela.
Vela y no vuela. Así la mariposa
más grande que la casa que en contraste
allí junto a la pobre casa posa.
Venciendo de los años el desgaste:
«Lo hizo Teresa Sanz y Carrizosa».
El tuyo tú, su nieta, en mí bordaste.



En los comentarios en prosa que el poeta desconocido hizo añadir a las rimas que me ha legado hay una muy sentida descripción del dechado de la abuela de su novia y de los sentimientos que le sugería respecto a la eternidad del tiempo, al remansarse y embalsarse de las horas. Porque para ese poeta, que tenía su filosofía — poética, por supuesto — las horas son lo eterno, o sea lo que vuelve — como vuelven las olas en la mar, y los vencejos y las golondrinas, y las flores y las nieves — y los siglos lo pasajero. Los siglos son la historia y las horas son la costumbre. Y a ella responde también esta rima suya:

Los siglos son la historia, — las horas el amor;
va con la historia gloria, — con el amor dolor.
Van pasando los siglos, — las horas al volver,
desfilan los vestiglos, — se queda la mujer.

«El dechado de la abuela de mi novia — me decía — que es de 1840, representa algo eterno y que perdurará cuando se haya borrado el recuerdo del abrazo de Vergara con que terminó, en aquel mismo año, la guerra civil carlista de los siete años.»

He pensado mucho leyendo ese soneto de mi pobre legatario de rimas románticas en la frase inspirada por un momento poético de: «El tiempo vela; vela y no vuela». Sin duda. El tiempo de las horas vela y vuelve; el que sueña y pasa es el tiempo de los siglos. Las tormentas son pasajeras; el oleaje es perpetuo. Y la ola, como todo lo que vuelve, es lo eterno.

Y quedan por ahí, ¡venerandas reliquias!, dechados de mujeres que no supieron leer ni escribir. Bordaron su abecedario pero no llegaron a saber leer. A lo sumo en su devocionario y sólo en él. Bordaron una vez su firma y no volvieron a firmar.

¡Y la mariposa! ¡La simbólica mariposa! Es el pabellón de las horas, de la eternidad. Porque pabellón, esto es: *papilionem* (en acusativo) no quiere decir sino mariposa. Y la mariposa puede ser, con el pensamiento, el símbolo de lo que vuelve, de lo que revolotea, de la eternidad. Era el símbolo de la inmortalidad entre los egipcios. Y más la mariposa posada; la que vela y no vuela; la mariposa del dechado de la abuela.

